

Insurgencia y pacificación en El Salvador: el giro del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN) hacia la salida negociada del conflicto

RESUMEN

El texto sintetiza el proceso que condujo al insurgente Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN) desde la lucha armada hasta la negociación con el gobierno de El Salvador, en 1992. En primer lugar, se describen las diferentes organizaciones político-militares que en octubre de 1980 se coaligaron en un solo frente guerrillero. En segundo lugar, se hace referencia al contexto del resurgimiento del movimiento popular salvadoreño, a mediados de la década de los ochenta y a la articulación de una parte de él al FMLN. Rasgo característico de las organizaciones de nuevo tipo de ese período fue el reclamo de respeto a los Derechos Humanos y el clamor por la finalización de una guerra civil que había desgastado notablemente a la sociedad salvadoreña. En tercer lugar, se expone el giro discursivo que acompañó al cambio de posición del movimiento revolucionario hasta culminar en la salida política del conflicto.

PALABRAS CLAVE: FMLN, revolución, negociación

ABSTRACT

This text summarizes the process that led to the insurgent “Frente Farabundo Martí para la liberación nacional” (National Liberation Front Farabundo Martí -FMLN) from the period of the armed struggle to the negotiation with the Salvadoran government in 1992. Firstly, we describe the different political-military organizations which came together as a single guerrilla front in October 1980. Secondly, we refer to the context within which the Salvadoran popular movement arises in the mid-80s, and to the articulation of one part of it to the FMLN. A characteristic feature of the new organizations of that period was the claim for the respect of Human Rights and the demand to put an end to a civil war which had visibly exhausted the Salvadoran society. Finally, we discuss the turn in the speech that accompanied the change in the position of the revolutionary movement till the political end of the conflict.

KEY-WORDS: FMLN, Revolution, Negotiation

Fecha de recepción: 15 de febrero de 2015

Fecha de aceptación: 30 de abril de 2015

Insurgencia y pacificación en El Salvador: el giro del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN) hacia la salida negociada del conflicto

Carmen Elena Villacorta *

Los orígenes del FMLN deben rastrearse en 1970, año en que apareció el primer grupo guerrillero estable en El Salvador. Tendrían que pasar 10 años para que ese grupo pudiera aliarse con las demás fuerzas insurgentes e inaugurar, en octubre de 1980, el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional. El FMLN fue desde entonces la organización político-militar que desafió al Estado salvadoreño y combatió a su ejército, ingentemente financiado y asesorado por el gobierno de Estados Unidos. Se trató de una lucha feroz y desigual, entre un aproximado de 10 mil guerrilleros contra 60 mil soldados, confrontación que cobró la vida de al menos 75 mil personas, en su mayoría población civil. En 1992 el FMLN firmó los Acuerdos de Paz con ARENA, el partido en el gobierno, inaugurando una nueva etapa en la vida política del país. Si bien la realidad de injusticia estructural padecida por las mayorías populares no se modificó en virtud de los Acuerdos, el escenario político nacional dio un giro de 180 grados al posibilitar la incursión de la izquierda revolucionaria al teatro electoral. La apertura democrática costó, pues, a El Salvador al menos 5 años de clima pre-bélico, 12 años de guerra civil y casi 80 mil muertes violentas, sin contar las miles de personas desplazadas por el conflicto y la destrucción moral, material, social y cultural. Hasta ese extremo fue orillado el pueblo salvadoreño organizado en su lucha por una vida digna y su anhelo por las mínimas garantías ciudadanas en un país inserto en el capitalismo desde inicios del siglo XX.

Consolidación del FMLN

Las organizaciones político-militares que empezaron a surgir a partir de 1970 en El Salvador proponiendo una transformación radical del modelo social por la vía armada y reivindicando programas marxista-leninistas, de liberación nacional, antifascistas y antiimperialistas fueron:

I) Las Fuerzas Populares de Liberación (FPL), fundadas en 1970 por el legendario ex secretario general del Partido Comunista Salvadoreño (PCS), Salvador Cayetano Carpio o comandante Marcial, junto a un grupo de cuadros del mismo partido, quienes decidieron desprenderse de esa institución debido a la renuencia que primaba en ella para aceptar el camino de las armas. Inspirados en la experiencia china, adoptaron la concepción maoísta de revolución, conocida como “guerra popular prolongada”: tras una larga lucha militar y política, la alianza obrero-campesina debía hacer suyas todas las herramientas de combate y hacer avanzar la revolución desde el campo hacia la ciudad. Las apodadas “F” lograron fuerte arraigo entre la población campesina y estudiantil y constituyeron al Bloque Popular Revolucionario (BPR) —junto con el FAPU, las más grandes

* Candidata a Dra. en Estudios Latinoamericanos por la Universidad Nacional Autónoma de México, UNAM, Docente de la Universidad Católica de Córdoba, UCC, integrante del Grupo de Estudios sobre Centroamérica, GECA, IEALC/UBA. E-mail: carmenelena.villacortazuluaga@gmail.com

coaliciones de organizaciones sociales dentro del movimiento popular— como su frente de masas. Durante la guerra, encontraron en el departamento de Chalatenango su bastión fundamental.

II) El Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), fundado por disidentes de las Juventudes Demócrata Cristianas y de las Juventudes del Partido Comunista y por cuadros de las organizaciones estudiantiles, hicieron su aparición en 1972. Adoptó una concepción militarista e insurreccionalista de lucha que lo llevó a destacarse por sus espectaculares operativos militares, buscando la pronta toma del poder. Tal concepción encontró detractores que terminaron por independizarse de la organización, dejándola en una situación de relativo aislamiento hacia mediados de los setenta. Constituyó las Ligas Populares 28 de febrero (LP-28) como frente de masas, con presencia en organizaciones sindicales, campesinas y estudiantiles. Adoptó al departamento de Morazán como retaguardia estratégica, llegando a controlar gran parte de su territorio durante la guerra.

III) Las Fuerzas Armadas de la Resistencia Nacional (FARN), más conocidas como RN, surgieron de una escisión del ERP que se oponía a la primacía de lo militar presente en esa organización. La ruptura definitiva se produjo tras el ajusticiamiento del poeta Roque Dalton y del comandante Pancho por orden de la dirigencia del ERP, en mayo de 1975¹. La concepción revolucionaria de Dalton dio la pauta de lo que sería el distintivo de este grupo: la integración entre movimiento armado y movimiento popular. El poner el acento sobre el trabajo político, más que sobre el trabajo militar favoreció el establecimiento de alianzas con los sectores progresistas del país, incluidos cuadros del Ejército. Desarrollaron una exitosa labor diplomática. Al interior del país, se vincularon con sindicatos y organizaciones estudiantiles, lo cual le dio mayor arraigo en la urbe que en las zonas rurales. No obstante, el cerro de Guazapa, su núcleo en el campo, fue de gran simbolismo durante el conflicto, debido a su cercanía con San Salvador (capital de la República). Consiguieron la hegemonía en el Frente de Acción Amplia Unificada (FAPU), uno de los mayores frentes de masas de El Salvador durante los setenta.

IV) El Partido Revolucionario de los Trabajadores Centroamericanos (PRTC), producto también de una división en el seno del ERP, fue el más pequeño de los grupos guerrilleros salvadoreños. Sus dirigentes abandonaron el ERP en 1973, debido a diferencias en torno a las estrategias de lucha, y fundaron la Organización Revolucionaria de los Trabajadores (ORT). Como ORT participaron en la creación de estructuras en El Salvador, Honduras y Costa Rica, pues consideraban que la lucha antiimperialista sólo podía ser eficaz conjuntando a los movimientos populares de toda Centroamérica. Después de tener un mando centroamericano centralizado, la organización fue cobrando independencia, dadas las exigencias de la maduración de las condiciones revolucionarias en El Salvador. Adoptó el nombre de PRTC en 1975, bautizó a su frente de masas Movimiento de Liberación Popular (MLP) y encontró en San Vicente, Suchitoto, Guazapa y Usulután sus baluartes durante la guerra.

¹ El ajusticiamiento de Roque Dalton y la muerte de Cayetano Carpio y la Comandante Ana María (Mélida Anaya Montes) han sido considerados como dos de los hechos más oscuros en la historia de la revolución salvadoreña. Continúan siendo temas tabú, a la espera de esclarecimiento. Una referencia al asesinato de Dalton y “Pancho”, en el marco de un testimonio sobre el surgimiento y desarrollo de la RN, puede encontrarse en: Mira Rico (2003).

V) El Partido Comunista Salvadoreño (PCS). Aunque fue el último en aceptar la vía armada como método de transformación social, el PCS fue la primera organización política de izquierda en El Salvador. Fundado en 1930, en el contexto de una fuerte crisis económica y una marcada agitación sindical, surgió con la intención de convertirse en vanguardia de la clase trabajadora. Participó en elecciones durante los primeros días de 1932, obteniendo resultados favorables que no fueron admitidos. Al profundo descontento popular preexistente se sumó la indignación por el fraude electoral encabezado por los militares, lo cual desencadenó una insurrección masiva. El PCS decidió guiar la rebelión hacia la toma del poder, pero su desarrollo incipiente no le permitió tomar control de la situación. Los planes del líder comunista Farabundo Martí fueron descubiertos, él y sus colaboradores apresados y fusilados. Alrededor de 20 mil campesinos, en su mayoría de extracción indígena, fueron asesinados, acusados de comunistas y salvajes. Desde entonces el PCS fue proscrito y orillado a la clandestinidad, el comunismo se convirtió en el pretexto para legitimar la represión y a los sobrevivientes del partido les costó mucho reconstituir la organización. No fue sino hasta mediados de la década de 1950 cuando el PCS estableció relaciones formales con el Partido Comunista de la Unión Soviética, cuyo lineamiento dictaba para los países “coloniales” del Tercer Mundo la necesidad de la alianza comunista y las burguesías nacionales, con el objeto de llevar a cabo revoluciones burguesas que allanaran el terreno para la llegada del socialismo.

La consigna del comunismo internacional era la de implantar el socialismo por la vía pacífica, es decir, electoral, para no incurrir en conflictos que pudieran mermar fuerzas al desarrollo del “socialismo en un solo país” (la URSS). De acuerdo con el investigador español Álvaro Martín Álvarez (2004: 122-139), esta directriz sería una razón de peso en la negativa del PCS a asumir la opción armada como estrategia revolucionaria. En 1979 los comunistas salvadoreños decidieron buscar la unificación con las demás organizaciones político-militares para llevar adelante la guerra civil. Sin abandonar su raigambre pro-soviética, dieron a la revolución el carácter de “democrática, antioligárquica y antiimperialista, como paso previo a la revolución socialista”. Consideraban al proletariado, en alianza con el campesinado y con las capas medias progresistas, como el sujeto de la revolución, cuyo objetivo sería la destrucción del aparato político-militar que sostenía el *statu-quo*. A finales de 1979, el PCS creó su brazo armado: Fuerzas Armadas de Liberación (FAL), sin dejar de considerar fundamental el trabajo político con los trabajadores urbanos. En ese sentido, ya en la década de 1960 había impulsado el frente de masas (organismo por medio del cual entró en alianza con la centro-izquierda para competir electoralmente) Unión Democrática Nacionalista (UDN), con fuerte presencia en sindicatos.

Estas cinco organizaciones operaron a lo largo de la década del setenta de modo inconexo e incluso antagónico, dándose encendidas controversias entre sus ideólogos y militantes, quienes reclamaban para su respectivo grupo la auténtica vanguardia de la revolución. “La caracterización del régimen y las formas de lucha a emplear contra él, estaban en el centro de la discusión” (Ribera, 1996: 45). En términos del trabajo político y de la articulación con el movimiento popular, esto significó la disputa por conseguir la hegemonía en espacios concretos como sindicatos, organizaciones campesinas, estudiantiles, barriales y de pequeños comerciantes. De ahí que cada organización armada tuviera su correlato en un frente de masas específico.

Los frentes de masas fueron modos de organización del movimiento popular vinculados a, e incentivados por, las organizaciones político-militares durante la fase prebélica, hacia finales de la década de 1970. El cierre de espacios de participación política por la implementación sistemática del terrorismo de Estado y el intenso trabajo ideológico y logístico realizado por los grupos guerrilleros al interior de las organizaciones populares posibilitó la estructuración y fortalecimiento de conglomerados de movimientos, cuya presencia se hacía sentir por medio de huelgas, marchas, tomas y manifestaciones por reivindicaciones laborales y liberación de presos políticos. El grado de organicidad y el número de personas implicadas en estas acciones (decenas de miles) desafiaba la estrategia represiva del Estado y ponía de manifiesto la urgente necesidad de cambios sustanciales en la configuración sociopolítica del país².

Con todo y que la crisis política, la crisis económica, la exclusión de las mayorías populares y la represión brutal y creciente eran hechos que radicalizaban a un número cada vez mayor de personas y organizaciones, el camino hacia la unificación estratégica de la izquierda armada salvadoreña no estuvo exento de dificultades. Un paso decisivo en tal dirección se dio a través de la coalición entre los frentes de masas cuando, en enero de 1980, el PCS, las FPL y la RN anunciaron la creación de la Coordinadora Revolucionaria de Masas (CRM). El cronista salvadoreño Rafael Menjívar Ochoa (2006: 22) puntualiza: “el objetivo de la CRM no era la unificación de las organizaciones en un solo mando, sino la coordinación de acciones para potenciar su accionar y, en el peor de los casos, evitar que sus actividades interfirieran mutuamente, como ya había ocurrido”.

La CRM nació junto al llamado explícito a la insurrección armada como única alternativa viable. Pocos días después de su fundación, en el mismo mes de enero, la CRM convocó a una manifestación a la que asistieron alrededor de 250 mil personas. En febrero, la CRM dio a conocer su plataforma programática de Gobierno Democrático Revolucionario (GDR), planteando la necesidad de derrocar al poder oligárquico e imperialista y disolver al ejército gubernamental para instaurar un poder verdaderamente popular. La efervescencia sociopolítica de aquellos días se incrementó con el temor a una posible invasión norteamericana y con la irrefrenable escalada represiva. De acuerdo con la investigadora estadounidense Sara Gordon:

A partir de entonces, las acciones guerrilleras se recrudecieron. Los ataques a cuarteles de la Guardia Nacional [...] se intensificaron, y a las ejecuciones de miembros de ORDEN [uno de los más fuertes grupos paramilitares] vinieron a aunarse irrupciones de grupos armados en pequeñas localidades, durante las

² La historia del movimiento popular en El Salvador y una explicación de por qué y cómo se da su articulación con las organizaciones político-militares y su consiguiente radicalización política, puede verse en: Pirker (2008). Desde el punto de vista de las organizaciones político-militares, líderes e ideólogos tomaron ejemplo en la experiencia vietnamita y comprendieron que el proceso revolucionario en El Salvador sólo sería posible en estrecha vinculación con la población. En un país de apenas 21800 km cuadrados, catalogado como el más densamente poblado del continente y carente de cadenas montañosas o grandes selvas en las que albergar focos guerrilleros, llevar a cabo un desafío al sistema de dominación por medio de la vía armada sin contar con un sólido respaldo popular era prácticamente inviable. De ahí que, por ejemplo, Adolfo Gilly (1981: 19) hable de “vietnamización” de la revolución salvadoreña. Roque Dalton y Cayetano Carpio se consideraban herederos del modelo vietnamita. Una explicación de la exitosa respuesta de las fuerzas subversivas vietnamitas ante la agresión del Imperio en alianza con los sectores reaccionarios puede verse en: Dalton (1980).

cuales los guerrilleros llamaban a la población a unirse a la lucha e impartían de manera pública instrucciones en el manejo de armas (Gordon, 1989: 294).

En marzo de 1980 el Partido Demócrata Cristiano (PDC) entró a formar parte de la Junta de Gobierno, en alianza con el Ejército y con el gobierno de los Estados Unidos. La división entre el ala conservadora, de carácter anticomunista, y la facción denominada Tendencia Popular en el seno del PDC se puso de manifiesto cuando esta última hizo pública su indignación por dicha alianza, argumentando que consideraba inviable la gobernabilidad sin el apoyo de las masas y calificando al plan de gobierno de la Junta de Gobierno como un “proyecto pro-imperialista”, “traidor a la patria”, cuya solución a la crisis era la aplicación de “reformas con represión”. Todo ello condujo a la Tendencia Popular a separarse de la Democracia Cristiana y a fundar un nuevo órgano de representación: el Movimiento Popular Social Cristiano (MPSC). La alianza entre el MPSC, el socialdemócrata (miembro de la Internacional Socialista) Movimiento Nacional Revolucionario (MNR) y el Movimiento Independiente de Profesionales y Técnicos de El Salvador (MIPTES) constituyó el Frente Democrático (FD), el cual se fusionó a su vez con la CRM. A esa nueva alianza, que se hizo pública en abril de 1980, se la denominó Frente Democrático Revolucionario (FDR).

La adopción de la plataforma programática de la CRM por parte del FDR significó la fusión de la centro-izquierda con el movimiento de masas politizado y dirigido por las organizaciones político-militares. Según el historiador español-salvadoreño Ricardo Ribera (1996: 41): “Un total de unas sesenta organizaciones de diverso carácter se agrupaban bajo ese gran paraguas organizativo. Las manifestaciones y protestas se protegían con armas cortas y grupos de autodefensa. Había radicalismo en los planteamientos”. Los líderes del FDR emprendieron una intensa campaña de denuncia de la crítica situación salvadoreña a nivel internacional, logrando reconocimiento y apoyo para la causa revolucionaria, especialmente en Estados Unidos, México y Europa. En marzo de 1980 se había decretado el Estado de Sitio que anulaba las garantías constitucionales del ciudadano e imponía el toque de queda, impidiendo a la población circular por las calles después de las 17 horas.

El debilitamiento de las opciones moderadas y su inviabilidad al interior de la Junta de Gobierno eran ya un hecho consumado. La Democracia Cristiana se autoproclamaba como el centro, hostigado por las dos extremas. Pero en los hechos servía de fachada democrática a una Fuerza Armada que ejercía el terror como estrategia política. Una de las demandas principales del FDR fue, precisamente, el cese a la represión, además de exigir aumentos salariales, libertad de expresión e inclusión en la toma de decisiones sobre el rumbo del país. Esta imponente confederación de la izquierda organizada, con el consiguiente clima insurreccional a punto de ebullición, ejercía presión sobre los grupos guerrilleros, evidenciando la necesidad del trabajo mancomunado.

Desde la perspectiva de Martín Álvarez (2004), en la superación de los obstáculos ideológicos, actitudinales y personales que impedían la unificación de las guerrillas fueron determinantes los siguientes factores: *i*) el triunfo de la revolución sandinista, en julio de 1979, en el cual habían intervenido las tres tendencias del Frente Sandinista para la Liberación Nacional (FSLN) en alianza con los sectores progresistas de la sociedad nicaragüense; *ii*) la escasez de armamento de la que adolecía cada organización político-militar; y *iii*) la presión de Cuba sobre los revolucionarios salvadoreños en pro de la superación de las pugnas internas y la formación de un solo frente. A estos elementos habría que añadir la unificación de los

frentes de masas arriba señalada, la cual apuntaló desde las bases la coordinación de las dirigencias.

El antecedente inmediato de lo que poco después sería el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN) surgió en mayo de 1980 con el nombre de Dirección Revolucionaria Unificada (DRU), formada por el ERP, las FPL, la RN y el PCS junto con su brazo armado, las FAL. En junio se produjo otro de los episodios que demostró el poder de convocatoria y el nivel de coordinación que habían logrado las fuerzas revolucionarias para entonces, con el paro de labores que, convocado por la CRM, consiguió la suspensión de las actividades económicas a nivel nacional en casi un 90% durante dos días.

El FMLN empezó a existir como tal el 10 de octubre de 1980, adoptando ese nombre en honor a Farabundo Martí, líder comunista de la insurrección indígena y campesina de 1932. La primera alianza para su consolidación se dio entre las FPL, el PCS y el ERP. Pocos días después, se integraría la RN —que a causa de resquemores con el ERP había quedado inicialmente afuera— y en diciembre lo haría el PRTC, considerado poco representativo por las demás organizaciones, pero finalmente aceptado en la coalición. En palabras de Martín Álvarez:

[...] el FMLN fue en origen una alianza de conveniencia entre cinco organizaciones con pretensiones hegemónicas. La formación de la coalición les ofrecía mayor poderío miliar, y la posibilidad de contar con armas y financiación por parte de los aliados del PCS [Cuba y la URSS]. Sin embargo, cada organización se integrará a la coalición revolucionaria manteniendo sus propios matices ideológicos, sus lógicas de funcionamiento, y sus estructuras de mando (Martín Álvarez, 2004: 169).

El triunfo de la revolución sandinista reviste una importancia de primer orden para el proceso salvadoreño en esta coyuntura decisiva. Por una parte, catapultó las expectativas de la izquierda armada, llevándola a ver más cerca que nunca la posibilidad de la toma del poder por la vía militar. Por otra parte, intensificó el temor de la derecha hacia la concreción de tal posibilidad, lo cual le sirvió de justificación para recrudecer la represión, llegando a plantear que la solución para la crisis salvadoreña requería de la eliminación física de 200 mil personas (Gordon, 1989: 304). Y en tercer lugar, alarmó aún más al gobierno estadounidense que interpretó el arribo del sandinismo al poder como el inicio de un probable “efecto dominó” que amenazaba con incrementar la influencia de Cuba en el área centroamericana.

Estallido y desarrollo de la guerra civil

Si bien el movimiento popular desafió abiertamente al régimen demostrando una combatividad y un nivel de organización admirables, el terrorismo de Estado ejercido durante los años previos a la “ofensiva final” logró desarticularlo, diezmando a los mandos medios, incentivando el desplazamiento forzado y el exilio y golpeando la moral militante. La investigadora mexicana Irene Sánchez (1997) se detiene en el análisis de este aspecto, develando que durante los meses previos a la ofensiva de 1981 la curva del auge insurreccional presentaba un declive que pasó desapercibido por las organizaciones político-militares, pero que sería determinante para la imposibilidad de tomar el poder por medio de la ofensiva. La autora explica el desenlace de la ofensiva militar en términos del desfase

existente entre el tiempo político y la estrategia revolucionaria implementada por el FMLN. En pocas palabras, cuando el ánimo insurreccional del movimiento popular estaba en su punto más álgido, las guerrillas carecían de armamento y no habían logrado unificarse. Como contraparte, cuando el FMLN ya existía como tal y contaba con recursos armamentísticos aún precarios, pero suficientes para lanzar una ofensiva a nivel nacional, el ánimo de las masas había decaído drásticamente y la insurrección que debía posibilitar a la vanguardia revolucionaria conquistar el poder no se produjo.

Desde entonces la unidad de la izquierda revolucionaria fue un hecho que posibilitó llevar a cabo la guerra y convirtió a la guerrilla salvadoreña en una de las más potentes del continente. Pero se trató de una unidad posible sólo en el terreno de la táctica y fue por eso mismo quebrantable. La “ofensiva final” o “general”, llevada a cabo en enero de 1981, fracasó en su objetivo fundamental. Pero el afianzamiento de “zonas liberadas” controladas por el FMLN a partir de agosto de ese mismo año en 5 departamentos (Morazán, Chalatenango, Cabañas, San Vicente y Cuscatlán), de un total de 14, y la incapacidad del ejército de asestar golpes contundentes a las fuerzas guerrilleras, mostraron que el FMLN estaba preparado para librar una guerra de larga data. La consolidación de esas retaguardias estratégicas, bajo la consigna de “resistir, desarrollarse y avanzar”, trasladaron al campo el escenario de la confrontación. Si durante los setenta y el año de 1980 las tensiones políticas se habían desarrollado en las áreas urbanas, la guerra transcurrió en zonas rurales.

El FMLN se convirtió en un ejército que reclutó a una gran cantidad de campesinos y encontró en las poblaciones rurales sus bases de apoyo. Por afinidades ideológicas, convicciones políticas, solidaridad cristiana o miedo, éstas poblaciones prestaron servicios clandestinos a las fuerzas guerrilleras. Por esa razón, el ejército las calificó como “objetivos legítimos de ataque” que debían ser tratados igual que el enemigo armado. Para “quitarle el agua al pez”, es decir, “limpiar” las zonas tomadas por las fuerzas insurgentes de habitantes que pudieran contribuir con sus posibilidades de sobrevivencia, los militares ejercieron operativos de “tierra arrasada”, consistentes en bombardear cantones, pueblos y caseríos, quemar casas y cultivos, violar a las mujeres y ejecutar cruentas masacres, con el objeto de obligar a los pobladores a abandonar sus lugares de vivienda y deshabitar esos sectores.

La guerra se instaló en la vida cotidiana sobre todo del campesinado, que se veía de un modo u otro afectado por el conflicto. El “pueblo organizado”, es decir, los miembros del movimiento de masas que sobrevivieron a la represión sistemática de los últimos años de la década del setenta y de 1980, decidió permanecer en el país y pasó a tomar las armas o a ejercer funciones directamente vinculadas con la estrategia insurgente. En agosto de 1981 fue decretado el Estado de Emergencia Nacional. Las instituciones y fábricas del Estado fueron intervenidas militarmente hasta el final de la guerra. Los derechos de asociación y sindicalización fueron prohibidos de facto, pese a que a partir de 1982 estuvieron permitidos por ley. Los sindicalistas, activistas de derechos humanos y líderes estudiantiles continuaron siendo perseguidos, detenidos y maltratados arbitrariamente. Los escuadrones de la muerte siguieron condenando a la desaparición forzada, la tortura y el asesinato a todo aquél que consideraran sospechoso de servir de enlace con el FMLN. Aunque los números varían dependiendo de la fuente, la cifra de alrededor de 38 mil muertos registrada entre 1980 y 1983 constituye cerca del 50% de la cantidad total de muertes violentas arrojada por los 12 años que duró el conflicto (alrededor de 80 mil). Dato elocuente acerca de cómo el terrorismo de Estado se agudizó durante los primeros años de la década de los ochenta.

La Comisión de la Verdad para El Salvador, establecida por mandato de los Acuerdos de Paz en 1992 como grupo *ad hoc* para diagnosticar los daños ocasionados por el conflicto, documenta, con base en 22 mil testimonios, los hechos de violencia política perpetrados entre 1980 y 1991. El 70% de las denuncias por violaciones a los Derechos Humanos hacen referencia a acontecimientos ocurridos entre 1980 y 1984. El 85% de tales señalamientos implican a grupos militares y a escuadrones de la muerte, el 5% a miembros del FMLN y en el 10% de los casos no se logró establecer responsabilidad (Informe de la Comisión de la Verdad para El Salvador, 1992-1993). Las acusaciones contra el frente guerrillero obedecen a la realización de “ajusticiamientos” que cobraron la vida de presuntos o efectivos delatores - conocidos como “orejas”-, asesinato de alcaldes y reclutamiento forzoso de jóvenes. Otra expresión de la violencia revolucionaria sostenida a lo largo del conflicto fue la destrucción de obras públicas, como puentes, carreteras e infraestructura del alambrado eléctrico, el sabotaje a la celebración de elecciones y la destrucción de los bienes de las cooperativas impulsadas por el gobierno.

Pese a las restricciones y al peligro implícito en la agremiación, durante 1983 empezó a reactivarse el movimiento popular, tanto en el campo como en las ciudades, pero con énfasis sectoriales y discursos moderados. Pirker (2008) delinea el mapa de las diferentes organizaciones de empleados gubernamentales, trabajadores de diferentes rubros, campesinos, repobladores, familiares de víctimas de la violencia política, estudiantes, etc., que a lo largo de los ochenta se agruparon en torno de demandas específicas. A diferencia del movimiento de masas de los setenta -cuyo discurso político fue radicalizándose públicamente-, éstos grupos se circunscribieron a las reivindicaciones de cada sector y procuraron deslindarse de toda vinculación partidaria. Tanto la amenaza constante a la actividad sindical, como la lucha entre el gobierno y el FMLN por convertir tales asociaciones en bases sociales que legitimaran sus respectivos proyectos de nación, imprimieron al movimiento popular emergente altas dosis de inestabilidad.

La necesidad de una mayor prudencia ideológica no impidió que la polarización permeara en la reconfiguración de las nuevas organizaciones, las cuales se nuclearon en torno de las simpatías hacia el FMLN o a su relación con el gobierno demócratacristiano. Dicha reconfiguración coincidió con una etapa de “estabilización” del conflicto. 1984 y 1985 fueron los años en los que menores bajas se registraron. La delincuencia aún no se había desatado en el país. Se trató de un período más bien “congelado” y con bajos índices de mortandad. Durante los años siguientes cristalizaron dos grandes conglomerados de asociaciones de heterogénea composición, contrapuestas entre sí. Más allá de sus diferencias políticas, un denominador común en el discurso de estas organizaciones populares de nuevo tipo fue la demanda del cese a la violación a los Derechos Humanos y de una salida negociada al conflicto. Respecto de lo primero, las presiones sobre todo internacionales a favor de esa misma petición consiguieron disminuir los operativos de “tierra arrasada” ejecutados por la Fuerza Armada, pero la situación general de los Derechos Humanos en El Salvador no mejoró sostenidamente.

En ese contexto, el activismo de “militantes bisagra” (Pirker, 2008) que fungían como líderes sindicales abanderando el discurso del sector al que representaban y sumándose a las peticiones de pacificación, al tiempo que formaban parte de alguno de los grupos del FMLN, da cuenta de la triple estrategia que la insurgencia desarrolló a lo largo de los ochenta: *i*) dar

golpes contundentes que demostraran su poder de fuego; *ii*) alentar la organización social y mantener los nexos con el movimiento popular; y *iii*) abrir canales políticos, a nivel nacional e internacional, que legitimaran su accionar militar y posibilitaran eventuales mesas de diálogo con el gobierno.

En su análisis de los primeros años de la guerra, el efemelenista Mario Lungo (1986) sostiene que la contradicción entre lucha armada revolucionaria y lucha política de masas se resolvió en la rearticulación de un movimiento popular acorde con la nueva situación política del país y, por eso mismo, distinto del movimiento de masas del período 1977-1980. Pese a la notable diferencia entre ambas expresiones del poder popular y a la dificultad con que los revolucionarios asimilaban ese cambio, se trató de la vuelta a la ciudad y a la actitud demandante frente al Estado por parte de organizaciones diversas del sector productivo. En lo concerniente a la búsqueda de una negociación con el gobierno, Lungo señala que, en tanto voluntad manifiesta del pueblo salvadoreño, el FMLN asumió la salida negociada como parte de su agenda política. Pero ello no era excluyente del fortalecimiento de la iniciativa militar por parte de las fuerzas insurgentes. En sus palabras:

[...] debemos hacer una apreciación que consideramos de crucial importancia para evitar desviaciones reformistas. Incrementar a niveles cada vez mayores la lucha armada revolucionaria y la lucha política de masas es un imperativo estratégico para el FMLN-FDR, ya que constituyen el eje fundamental de lucha, y si bien es cierto que esto contribuye a fortalecer las posibilidades de diálogo y negociación, este incremento no se hace en función de este objetivo particular, ya que no constituye el componente esencial de la estrategia revolucionaria (Lungo, 1986: 64).

La causa del entrapamiento de la salida negociada se encontraba, de acuerdo con Lungo, en las diferencias radicales en cuanto al diagnóstico de los principales problemas del país y en cuanto a las concepciones de diálogo manejadas por el FMLN y su brazo político diplomático FDR, por una parte, y por el gobierno, la Fuerza Armada y la Casa Blanca, por la otra. Mientras que la insurgencia daba al diálogo un lugar prioritario dentro de la negociación, la contraparte lo reducía a un mero uso táctico, en función de disimular su opción guerrillera. Durante los primeros años del conflicto e incluso antes del estallido del mismo, FMLN-FDR promovieron varias iniciativas de diálogo con los gobiernos salvadoreño y estadounidense que fueron desatendidas. Ni Napoleón Duarte ni Ronald Reagan estaban dispuestos, en esa fase inicial, a reconocer al grupo insurgente como fuerza política. La demanda de ésta última por el cese a la injerencia norteamericana y por el establecimiento de un diálogo sin condiciones previas fue desoída por parte de un poder decidido a aniquilar militarmente al enemigo.

Un punto de inflexión en la historia de la lucha revolucionaria en El Salvador lo constituyó el asesinato de Mérida Anaya Montes, “comandante Ana María”, por orden del hombre fuerte de las FPL, Salvador Cayetano Carpio, “comandante Marcial”, quien a su vez se suicidó en circunstancias poco claras. Siendo las FPL la organización más numerosa y potente del FMLN, tales hechos, ocurridos en 1983, conmocionaron a esa organización en particular y al ejército guerrillero en su conjunto. Es sabido que Marcial se oponía rotundamente a la negociación y había en ese aspecto un punto de choque infranqueable entre ésta y las posiciones más pragmáticas o moderadas dentro de las fuerzas guerrilleras; entre

ellas la de la propia Ana María. Si bien las razones que produjeron la muerte de ambos dirigentes de las FPL no se conocen a ciencia cierta, a partir de entonces las voces menos intransigentes tuvieron más cabida dentro de la Comandancia General del FMLN.

En marzo y mayo de 1984 la celebración de las primeras elecciones presidenciales regulares después de 1931 modificó el panorama político salvadoreño. La elección del líder demócratacristiano Napoleón Duarte en segunda vuelta constituyó un paso decisivo en el afianzamiento de la institucionalización de la democracia electoral. Una novedad dentro de la dinámica que venía dándose fue la convocatoria emanada del presidente electo a un primer intento de diálogo con la insurgencia. Pero las diferencias entre ambas posiciones volvieron a manifestarse como insalvables: más que una negociación en la que Duarte se abriera a escuchar las posiciones de la guerrilla, lo que hizo fue proponerles que dejaran las armas y se incorporaran, sin más, a un proceso democrático del cual él se sentía adalid.

Viraje discursivo del FMLN

Respecto del planteamiento programático del FMLN-FDR hay que decir que varió sustancialmente a lo largo de la década. Lungo (1986) consideró el programa como uno más de los múltiples componentes que configuran un proceso revolucionario. Es necesario que exista un planteamiento ideológico inicial que articule a las diferentes fuerzas en torno de objetivos comunes sobre la sociedad a la que se aspira. Pero tal planteamiento tendrá que irse modificando de acuerdo a las realidades concretas que la lucha misma va generando. En ese sentido, la plataforma del *Gobierno Democrático Revolucionario* (GDR) proclamada por la Coordinadora de Masas a principios de 1980 y adherida por el FDR, respondió a la coyuntura generada por el golpe de Estado de 1979. Los propósitos de tal planteamiento pueden resumirse del modo siguiente:

Derrocar a la dictadura militar, destruir su maquinaria político-militar y establecer un gobierno democrático revolucionario; poner fin al poder político y económico oligárquico, sin afectar a los pequeños y medianos propietarios; romper definitivamente la dependencia del imperialismo yanqui; asegurar los derechos y libertades democráticas para todo el pueblo y elevar su nivel de vida; crear el nuevo ejército surgido fundamentalmente del ejército popular, con la incorporación de los elementos sanos y patrióticos del ejército gubernamental; impulsar la organización y la participación popular; autodeterminación y respeto mutuo en política exterior (Lungo, 1986: 78).

Se trata de puntos considerados por el autor como adoptables por un programa reformista. Por eso la Reforma Agraria y la nacionalización de la banca y del comercio exterior fueron abanderadas por la Junta de Gobierno tras el golpe de Estado. El carácter revolucionario del GDR en esa coyuntura específica descansaba, según él, en dos pilares: la abolición del ejército “burgués” y la ausencia de la vía electoral como posibilidad de acceso al poder. Hasta 1984, el FMLN-FDR no modificó esa plataforma. Pero en ese lapso de 4 años, el incremento de la intervención estadounidense, la profesionalización de los dos ejércitos enfrentados, la prolongación de la guerra, la apertura del ciclo electoral, la reactivación de la actividad gremial y el reconocimiento que la coalición revolucionaria había alcanzado nacional e internacionalmente, la llevaron a reformular su propuesta frente a la sociedad. Es entonces cuando surgen: la *Plataforma del Gobierno Provisional de Amplia Participación*

(GPAP), hecha pública en enero de 1984, y la propuesta de establecimiento de un *Gobierno de Consenso Nacional* (GCN), formulada en la segunda ronda de conversaciones con el gobierno, en noviembre del mismo año.

Ambas propuestas representaron un viraje dentro del discurso insurgente, producto de intensos debates en su interior y objeto de críticas en la izquierda internacional, que acusaban al FMLN de estar renunciando a su proyecto revolucionario para abrazar una causa reformista. Lungo (1986) respondió a esos cuestionamientos subrayando el carácter táctico de dicho viraje discursivo, insistiendo en la importancia de su contextualización histórica —más allá de todo dogmatismo “maximalista”— y dejando en claro que “en ningún momento el FMLN ha pensado en abandonar las armas” (Lungo, 1986: 85). Martín Álvarez (2004) describe la plataforma efemelenista de mediados de los ochenta rescatando el hecho de que esta propusiera como alternativa a la consulta electoral, la integración de algo similar a un gobierno de salvación nacional, con la participación de diversos actores sociales: campesinos, obreros, empresarios, profesionales, maestros, partidos políticos, ejército; con la excepción de la oligarquía y los militares más recalcitrantes. Este gobierno plural debía tomar medidas urgentes y después convocar elecciones.

Dichas medidas iban encaminadas, principalmente, a desmontar el aparato represivo del Estado, depurar las fuerzas armadas, esclarecer las violaciones de los derechos humanos y reorganizar el poder judicial. Asimismo, proponía derogar la Constitución de 1983 y disolver ARENA, el partido de la derecha, por considerarlo representante de los escuadrones de la muerte (Martín Álvarez, 2004: 195).

Por otra parte, se planteaban una serie de medidas de política económica y social, como la fijación de precios de los productos básicos y la implementación de un plan de empleo masivo. Tras estas medidas de carácter inmediato, se proponían una serie de reformas estructurales que debían definir las líneas maestras del futuro modelo económico y político.

Martín Álvarez concibe ese planteo como un ablandamiento de la inflexibilidad inicial del FMLN, por cuanto subyace en él la renuncia a ser el partido de vanguardia, único representante legítimo de los intereses populares, para aceptarse como una fuerza política entre otras en busca de una alianza multisectorial, sin desestimar la realización de elecciones ni la negociación y abriendo la posibilidad al abandono de las armas, dadas determinadas condiciones. Desde la perspectiva de éste autor, la negociación era la segunda opción efemelenista, después de la derrota militar del ejército gubernamental.

Como es bien sabido, en el proceso salvadoreño terminará por imponerse la salida negociada sobre la militar. Pero a la altura de 1987 esto aún no se veía como un hecho inexorable. En un texto del mes de abril de ese año, intitulado “¿Por qué no avanza El Salvador?”, el filósofo español-salvadoreño Ignacio Ellacuría expone su preocupación por el entrapamiento en el que había caído la situación del país. Este análisis señala al gobierno estadounidense, a la Fuerza Armada, al gran capital —representado por el partido ARENA—, al gobierno demócratacristiano y al FMLN como “las distintas fuerzas [que] tiran del cuerpo social en direcciones contrarias o divergentes, con lo cual no sólo no se avanza, sino que se está destruyendo al país” (Ellacuría, 1987: 176, 177).

El desgaste ocasionado por tal destrucción empezó a ser manifestado cada vez con más fuerza por diversos sectores sociales durante los últimos ochenta, quienes demandaban paz para El Salvador. Sin duda ese clamor influyó en la posición del FMLN en el lapso que media entre la formulación de las plataformas programáticas de 1984 y la siguiente propuesta denominada *Proclama a la Nación. La Revolución Democrática*, hecha pública en 1990. Ellacuría señala a 1987 como el año en el que, además de preparar al pueblo organizado para una insurrección general, se dio un intenso debate político e ideológico en el seno del FMLN, “el cual se mostró en 1988 en la aceptación, no sólo de la entrada pública al país del FDR, sino, sobre todo, de la participación de la Convergencia Democrática (CD) en las elecciones presidenciales. Esta última discusión va a convertirse en uno de los goznes principales del giro del FMLN” (Ellacuría, 1987: 1856, 1857).

Convergencia Democrática fue el nombre que adoptó el FDR cuando optó por convertirse en partido político y competir en los comicios de 1989. La inmersión de éste, el brazo político-diplomático de la insurgencia, al teatro electoral supuso un primer paso hacia su independización respecto del FMLN y su vuelta a la apuesta por el acceso al poder en un escenario afín con su posición ideológica. Ocho años habían transcurrido desde el inicio de la alianza entre la izquierda revolucionaria y la izquierda democrática. El paisaje político salvadoreño había cambiado considerablemente en ese período. La vía electoral que a finales de los años setenta se había visto clausurada, mostraba ahora signos de estabilidad y una mayor apertura frente al pluralismo ideológico.

En vista de que la realización periódica de elecciones estaba poniendo en riesgo el apoyo popular a la insurgencia, ésta lanzó en enero de 1989 una *Propuesta de paz del FMLN* para convertir las elecciones en una contribución a la paz, exigiendo como requisito “tan solo la postergación por seis meses de los comicios y una serie de condiciones mínimas encaminadas a conseguir un evento electoral limpio” (Martín Álvarez, 2004: 198). Si bien no fue ésta la primera vez que el FMLN se declaraba dispuesto a participar en elecciones —pues ya había hecho mención a ello en 1984—, sí constituyó el planteamiento más blando respecto de las condiciones que proponía para integrarse al marco institucional.

Otro síntoma del desplazamiento que continuaba produciéndose en la posición inicial del FMLN fue la aparición de un texto firmado por Joaquín Villalobos, hombre fuerte del ERP y miembro de la Comandancia General del grupo insurgente. El documento, llamado *Perspectivas de victoria y proyecto revolucionario*, puede considerarse el antecedente de la *Proclama de la Revolución Democrática*. Ellacuría (1987) recalca el hecho de que fuera publicado en dos partes, porque, a su juicio, ello muestra una evolución en el pensamiento de Villalobos. Extractando el contenido de la segunda parte, el entonces rector de la Universidad Centroamericana (UCA) afirma:

Se sostiene la necesidad de una revolución democrática, donde el término democrático es entendido fundamentalmente en el sentido de las democracias occidentales. La revolución, posible y deseable en El Salvador, no es una revolución estalinista o vietnamita, como tal vez algunos lo pensaron anteriormente, sino que es una revolución democrática, que acepta el pluralismo de los partidos y de las elecciones, que se mantiene abierta a las ideas y a las prácticas del mundo occidental, especialmente a la libertad religiosa y a la idiosincrasia y a las tradiciones del pueblo salvadoreño, que acepta la economía

mixta con buenas posibilidades para la empresa y el capital privado y, desde luego, para la iniciativa de los ciudadanos, que promueve la libertad de expresión y de organización y que mantiene buenas relaciones internacionales con todo el mundo, especialmente con Estados Unidos (Ellacuría, 1987: 1868).

Aparece, pues, plasmado el giro discursivo que posibilitó el salto de la prioridad militar a la necesidad de la negociación por parte de las fuerzas revolucionarias. Ya en el planteamiento de *La Revolución Democrática* como tal, el cambio más significativo fue la propuesta de abolir completamente ambos ejércitos en función de la creación de un nuevo cuerpo de seguridad de carácter civil. También se introdujeron manifestaciones en pro de una reforma al sistema electoral, al poder judicial y la propuesta de una nueva Constitución, mostrando la nueva disposición del FMLN a incorporarse a la incipiente institucionalidad del país. Hasta 1990 las demandas de un nuevo orden político y social por parte del FMLN se mantuvieron. Pero en el documento de los Acuerdos de Paz firmados en 1992 fueron relegadas a un segundo plano. A partir de la firma de los Acuerdos, el FMLN consumó el cambio que se venía manifestando en su discurso convirtiéndose en un partido político e insertándose, con mucho más éxito que la Convergencia Democrática, a la competencia electoral.

Bibliografía

Acevedo, Carlos (1990): "La propuesta de paz más viable del FMLN", en: Benítez Manaut, Raúl y Ricardo Córdova, *La paz en Centroamérica: Expediente de Documentos Fundamentales, 1979-1989*, CeIIICH-UNAM, México.

Azpuru, Dinorah, Ligia Blanco, Ricardo Córdova Macías, Nallely Loya Marín, Carlos G. Ramos y Adrián Zapata (2007): *Construyendo la democracia en sociedades posconflicto. Guatemala y El Salvador, un enfoque comparado*, Centro Internacional de Investigaciones para el desarrollo (IDRC)/FyG Editores, Guatemala.

Cabarrús, Carlos Rafael (1983): *Génesis de una revolución. Análisis del surgimiento y desarrollo de la organización campesina en El Salvador*, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, Ediciones de la Casa Chata, México.

Dalton, Roque (1980): "Las enseñanzas de Vietnam (apuntes)", *Polémica Internacional*, Órgano Político del Frente de Acción Popular Unificada, FAPU, No 3, Junio, El Salvador.

Ellacuría, Ignacio (1993): *Veinte años de historia en El Salvador (1969-1989)*, Tomo I, Tomo II, Tomo III, UCA Editores, San Salvador.

Gilly, Adolfo (1989): *Guerra y política en El Salvador*, Editorial Nueva Imagen, México.

Gordon, Sara (1989): *Crisis política y guerra en El Salvador*, Siglo XXI, México.

Harnecker, Marta (1984): *Pueblos en armas. Guatemala. El Salvador. Nicaragua*, Era, México.

Lungo, Mario (1986): *El Salvador 1981-1984. La dimensión política de la guerra*, UCA Editores, San Salvador.

Martín Álvarez, Alberto (2004): *De movimiento de liberación a partido político. Articulación de los fines organizativos en el FMLN salvadoreño (1980-1992)*, Tesis de Doctorado en Ciencias Políticas y Sociología, Universidad Complutense de Madrid, Madrid.

Menjívar Ochoa, Rafael (2006): *Tiempos de Locura. El Salvador 1979-1981*, FLACSO- El Salvador, San Salvador.

Mira Rico, Carlos Eduardo (2003): *En silencio tenía que ser*, UFG Editores, San Salvador.

Organización de las Naciones Unidas (1992-1993): *De la locura a la esperanza. La guerra de 12 años en El Salvador. Informe de la Comisión de la Verdad para El Salvador*, ONU, San Salvador-Nueva York.

Pirker, Kristina (2008): *La redefinición de lo posible: militancia política y movilización social en El Salvador (1970-2004)*, Tesis de Doctorado en Estudios Latinoamericanos, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, México.

Ribera, Ricardo (1996): *Los partidos políticos en El Salvador entre 1979 y 1992. Evolución y cambios*, FLACSO-El Salvador, San Salvador.

Sánchez, Irene (1997): *Tiempo político y movimientos armados. El FMLN en El Salvador 1970-1992*, Tesis de Maestría en Estudios Latinoamericanos, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, México.

Villacorta, Carmen Elena (2010): *Neoliberalismo y democracia electoral en El Salvador. La transición política salvadoreña (1979-2009)*, Tesis de Maestría en Estudios Latinoamericanos, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, México.